



© [ediciones]  
dyskolo

**una historia familiar**  
armando lópez salinas



# **Una historia familiar**

Armando López Salinas

## **Una historia familiar**

Armando López Salinas



Edición realizada a partir de la revista *Triunfo*. Año XVII, n. 23 (10 nov. 1962), p. 68-70. URI: <http://hdl.handle.net/10366/33156>.

Edición digital: 1.0. Marzo 2016

Esta obra se encuentra bajo una licencia [Creative Commons by-nc-nd 3.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)

Portada: Joan Parramon Fornos. [Una familia fría pero bien avenida](#) (Creative Commons by)

**Ediciones Dyskolo** ( [www.dyskolo.cc](http://www.dyskolo.cc) ) es un proyecto sin ánimo de lucro que busca establecer una nueva relación entre quienes escriben y cuantas personas disfrutan de la lectura. Dyskolo busca fomentar la difusión de la cultura de una forma abierta, libre y participativa, publicando sus obras únicamente en formato digital, bajo licencia Creative Commons y sin restricciones tecnológicas (DRM).

El presente relato fue galardonado con el gran premio  
“Triunfo” de narraciones del año 1963.



Como viajaba solo, y era menor de edad, me confiaron al cuidado de la Guardia Civil. En la estación de llegada aguardaba un hombre que dijo llamarse Aristegui y haber ido a recogerme de parte de los abuelos. Llevaba en la punta de la lengua la punta apagada de un cigarrillo y, mientras hablaba, la movía de un lado a otro de la boca. Luego de darse a conocer cargó en una galera mi corto equipaje y arreó a las bestias. Después, sierra adentro, la carretera orillada por el pinar, algún claro de tierra labrantía, calveros en los altos del lomerío y un arroyuelo claro cayendo, escurriéndose desde el carrascal del teso.

“Echaremos un par de horas de camino”, dijo el carrero, y luego, amable, preguntó por mis padres. “Cuando chicos fuimos juntos a la escuela de Mués, éramos muy amigos tu madre y yo. Más de una vez hicimos rabona. Siento lo de tu padre, son cosas de la política”.

Hasta el día en que me arrestaron fui un chico contento con su suerte. Vivíamos en Madrid, en el Callejón de Balmes, en pleno corazón del barrio, junto a la parroquia donde hacía poco tiempo se había vuelto a reanudar el culto. Nos despertábamos siempre, desacostumbrados, escuchando las badajadas del campanil de Santa Teresa que anunciaban la primera misa. Hasta entonces las calles, el Grupo Escolar, las

escapadas hasta los barrios dañados por la guerra, las pedreas en las barricadas, los paseos con mi padre por los pueblos orilleros a la ciudad en busca de alimentos, las horas pasadas en los refugios contra los bombardeos, toda la libertad de un muchacho de doce años habían colmado mi vida.

Y la idea de abandonar todo aquello, saltar el burro, jugar a las prendas, montar en las bicicletas de los mayores haciendo equilibrios delante de las chicas, hablar con el amolador que todos los martes voceaba en la esquina y nos dejaba mover el pedal de la afiladora mientras repasaba el corte de las tijeras, el perder su disfrute, era algo con lo que no contaba y me producía una cierta tristeza. Hubiera querido responder que preferiría dejar la escuela y tomar un oficio, el de mi amigo el amolador, carpintero, pintor de paredes o mecánico como mi padre.

—Ya eres un hombre y comprendes ciertas cosas. Al menos, por ahora, tendrás que irte: es para tu bien. Se obediente con los abuelos, estudia y hazte querer. No vas a estar entre extraños, que si el abuelo no congenia con tu padre solo es por cosa de ideas. Tú llevas la misma sangre.

—Si el abuelo no quiere a padre no nos llevaremos bien, peharemos —dije.

Mi padre y yo éramos como viejos amigos, prefería su compañía a la de cualquiera de mi edad. Sabía más que el afilador y en cuanto hablaba de política todo el mundo, nuestro pequeño mundo de Balmes, le escuchaba con la boca abierta; conocía bien dónde le apretaba el zapato. A mi



madre, estoy seguro de ello, porque en estas cosas nadie se engaña, más de una vecina joven le envidiaba el marido. Fue por aquellas y otras charlas por lo que arrestaron a unos cuantos hombres de la casa, de la calle, de Álvarez de Castro y de Santa Engracia; mas el hecho es que no se limitaron a hablar; alguien, no supimos nunca quién, les había denunciado por repartir octavillas.

—Te gustará, ya lo verás. Cuando te aburras pasas por mi casa y te enseñaré los trabajos que hago; soy carpintero de carretas y arreglo los aperos. Dejaré que me ayudes.

Habíamos llegado al alto y Aristegui me dio con el codo. De golpe, como si se abriera un abanico, se ensanchaban los campos. En lo hondo, cerca, al pie de la serranía, como una piña, veíase el caserío agrupado entre la casa señorial y el campanario. Solo se escuchaba el golpear del viento y el aleteo de los últimos pájaros, oscurecía.

—Son zorzales —dijo.

Luego, como continuara callado, continuó hablando del pueblo, de los campos, de su taller, de la casa de los abuelos.

—Es buena casa, la mejor después de la del amo. Tiene dos plantas y sobrado, también solana. La planta baja es muy fresca y en ella se guarda el vino en bocoyes de barro; también están la vaqueriza y el yeguar. En las corralizas de fuera duermen los segadores que don Jaime, tu abuelo, contrata los veranos. Además está el horno para cocer pan; tu abuela hace el mejor pan del valle: de flor y casi cenceño.

Pronto llegamos al lugar, ya había anochecido. Los abuelos

aguardaban en la primera planta, en el comedor, sentados en torno a la mesa y una cena caliente. Me desconcertaron con la manera seria de tratarme. Me hablaban como si ya fuera una persona mayor y me porté torpemente.

—¿Cómo está mi hija Emilia? —preguntó el abuelo nada más acabar los saludos.

—Está trabajando en un taller, cose. Los domingos va a ver a papá, yo también iba.

—¿No clama al cielo eso, mujer? —se lamentó el abuelo—. Y todo por culpa del tarambana de tu padre, que tiene unas ideas más negras que las del Demonio. Ya se lo dije yo a la Emilia, mira con quién te casas. Pero se empeñó; pero con su pan se lo coma ahora.

Se detuvo, miraba con fijeza mi cara.

—Muchacho, lo siento por ti.

Después palpó mis brazos para notar lo prieto de las carnes.

—Tiene más pellejos que un recental; necesita más carne sobre el hueso, mujer —indicó a mi abuela.

—Aumentará en un par de semanas —replicó ella.

Luego, durante la cena, tras el rezo de ofrecimiento, se decidió a ponerme en manos del cura. Sus labios se movían buscando las palabras.

—A saber lo que habrás aprendido al lado de tu padre, más hereje que los “negros” que corríamos a tiros Lizárraga y yo allá por el setenta y tres. Don Faustino te dará un repaso de

religión, aprenderás por las buenas o por las malas. Que no quiero yo un descreído en casa, aunque sea de mi sangre, que la mano de Dios es muy larga y alcanza también a los consentidores. Ojalá pudiera ser yo un ejemplo para ti, me gustaría. De ti depende.

Era sábado el día de mi llegada y las campanas tocaban a víspera de fiesta. Durante un momento, callados, estuvimos escuchando las campanadas. De alguna parte también llegaba el canto de un gallo. Ellos aguardaban que yo dijera algo. Respondí, doliéndome el corazón, extranjero entre mi propia gente.

—Haré lo que usted quiera, pero no hable así de mi padre. Yo vine porque me mandaron, nada más que por eso.

Su rostro se crispó violentamente. Hubo un corto silencio, abrió y cerraba las manos, grandes como hoces; se incorporó lentamente.

—¡Por Dios! —gritó.

—No he querido ofenderle —dije.

—Te arrepentirás de haberme hablado así, por Dios que te arrepentirás. Ya te lo dije, mujer. De tal palo tal astilla —musitó.

Su cuerpo alto, seco, doblado por los años, volvió la espalda. Yo me quedé en el comedor; atemorizado, esperando aquietarme. Luego, la abuela me llevó al sobrado. La cama era enorme, de muelles y colchón de hojas de maíz. Por la ventana abierta se veía el campanario, la veleta con la rosa de los vientos.

—Acércate —dijo.

Cerré los ojos, mi mano quieta entre las de ella, menudas y rugosas. Me hablaba en voz baja, cariñosa.

—Di conmigo: perdóname, Señor, por ofender al abuelito.

Repetí sus palabras.

—Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero...

Tendido en la cama, sin poder dormir, miraba hacia la noche. La sentía llena de seres extraños, de personas ajenas a mi historia. Toda la quietud de la noche penetraba por la ventana. Me preguntaba por el abuelo, por la clase de hombre que era; por don Faustino. ¿Me dejarían ir al taller del carretero? Luego estuve recordando la cara de los amigos de Madrid; sus caras, una a una. Tenía el nombre de mi padre en la punta de la lengua, pero las palabras no llegaban, demasiado asustado y solo como para poder llorar.

A la mañana siguiente desperté con el canto de los gallos y el toque del alba. El sol entraba en el sobrado y la abuela me llamaba a voces para que fuera a tomar el desayuno. Me lavé en el palanganero y vertí el agua sucia por la ventana que daba a la corraliza.

—Buenos días, Luis —repitió.

Abuela Clara, sonriente, empezó a hacerme preguntas sobre nuestra vida en Madrid. Luego, como aún era temprano, tras el desayuno de chocolate y migas, envió un recado a Aristegui para que este me enseñara el pueblo.

—Tráele a las diez, irá con don Jaime a misa —dijo.

Hasta allí, contaba el carretero, llegaban dos carreteras. Una, la de la Diputación Foral, más que carretera era un camino con árboles, tan resecos por fuera que parecía imposible reverdecieran todos los años. Venía desde Oco, bordeaba el caserío e iba hacia Mués y Asarta. La otra, asfaltada y con cerezos a la entrada del pueblo, era caminada en verano por bueyes, mulas y carromatos que llevaban el grano y la fruta hasta el ferrocarril de vía estrecha del otro lado del valle, cruzando la sierra por un portillo.

El lugar estaba formado por siete casas. Una de ellas, grande como dos de las otras, con escudo de armas en el portón, era la de los propietarios del valle y de las cuatro villas que en él se asentaban. A la derecha se alzaba la de mi abuelo, mediero del amo en la cría de ovejas y administrador de toda la heredad. La de Aristegui formaba, con esta última, pared medianera. Frente a ellas las de Pantaleón y Sabino. Cerrando la plaza las de Lecochea y Sagardaoy. Corralizas, cochiqueras y portegados, almacenillos. Los labrantines, todos ellos, con sus familias, servidores fijos por una soldada anual pagada en dinero y especies.

El caserío, aunque chico, tenía iglesia, frontón y cementerio. La iglesia era grande, porticada, y en ella, durante la temporada de siega y trilla, se oficiaba de diario con la presencia del marqués y todos sus criados de escaleras arriba y escaleras abajo. Don Faustino, el párroco, vivía con su madre y, al decir de Aristegui, vivía bien; pues si las ayudas del vecindario eran escasas, no así la gabelas del amo. El curato, al parecer, tenía jurisdicción sobre el valle, aunque en cada uno de los lugares, cuando menos existía capilla.

—Luego verás a la gente. Los domingos nos vestimos de fiesta y, tras la prédica y el besamanos, se juega a la pelota. Las mozas bailan con la música del chistu de Lecar. Vienen los de las cuatro villas. Lo malo para ti es que en el caserío no hay mocetes de tu edad.

Pegado a la iglesia, o como una parte más de la misma, se encontraba el cementerio. Era un camposanto ni alegre ni triste, era como un pedazo de tierra que estuviera sin labrar, donde crecía la hierba y los cardos. Mientras mi amigo el aperador fumaba un cigarrillo conté las cruces.

—Veintiuna —dije en voz alta.

—Diez las hice yo, las otras mi padre. También soy el herrero, la última la hice hace cinco años —luego añadió—, tengo que venir con la laya a remover un poco esto, está perdido de hierba mala.

Después me llevó junto al abuelo y con este fui a la iglesia, al lugar de más respeto. Comenzaron entonces las clases de don Faustino. Alababa el sacerdote mi habilidad en la escritura y en las cuentas; no alababa tanto el poco interés que mostraba en latinear; en esta disciplina, y en el recitado de Ripalda, mostraba yo memoria de grillo. Quizá fuera el sol, el aire libre, o una cierta propensión a distraerme y fantasear con cualquier cosa o palabra durante las lecciones; el caso es que la paz que trae la comprensión nunca habitó entre nosotros.

Don Jaime, mi abuelo, era alto, flaco, de cara seca y morena, dentadura escasa y amarillenta, y una cabellera totalmente blanca. Algunas veces discutíamos y, airado, mostraba sus

dientes y gruñía, mientras sus puños se cerraban y las venas de la frente se le hinchaban como cuerdas. Abuela Clara ponía paz entre nosotros y cada uno, tras la pelea, marchaba a su labor. Él, como aún no había empezado la siega, pasaba la mayor parte de su tiempo encerrado en el despacho, repasando cuentas, contratando jornaleros, escribiendo cartas al amo o haciendo de juez de paz en los pequeños conflictos de la gente del pueblo. Allí recibía al párroco, en la habitación donde su sable de absolutista seguía colgado al pie del retrato de don Carlos y doña Margarita; donde su uniforme de oficial carlista, con los bolsillos repletos de bolas de alcanfor, aparecía colgado de un perchero.

—El año que viene, como el pasado, si Dios quiere, lo llevaré a Montejurra —repetía siempre.

A veces escuchaba largas, furiosas conversaciones, entre don Faustino y mi abuelo. Ese hombre, decían por mi padre, se merecía un piquete de cuatro tiradores por destruir un hogar. Yo, en la habitación de al lado, hubiera querido escaparme, mas temía no llegar siquiera al portillo de la sierra, pues, a buen seguro, pensaba, darían parte a la Guardia Civil; por ello, aunque me llamaran, no entraba en el despacho y así no recibía la humillación de verles burlarse de las ideas de mi padre. Esa era mi venganza; esa, y la de barbotar ajos y maldecirles. Luego hablaban del sitio de Bilbao por Zumalacárregui, de la bala que atravesó la pierna del general y de la muerte del mismo a manos de un curandero. Se sabían de memoria las contiendas dinásticas y hacían gala hasta de los mínimos detalles. Acababan la charla jugando a las damas, hablando del amo, de las cartas que escribía y de que los

jornaleros se habían subido a la parra en la petición de jornales para la próxima temporada de siega.

—Tienen unos humos que más parecen señores que gente de campo, se han descolgado pidiendo cinco duros y buena boca tres veces al día. Claro que ya rebajarán algo, traigo gallegos si no rebajan.

Las clases, con la siega, llegaron a su fin. Los largos, calurosos, ociosos días de verano me pesaban. El abuelo se levantaba muy de mañana, cuando apenas pintaba el sol, y, a caballo, tieso como un varal, recorría las fincas para estar al tanto del trabajo de los jornaleros. Apenas me veía y raramente hablábamos. A media mañana los muleros iban a ver a la abuela a que esta les preparara un bocado, agua y vino, para llevarles a los segadores. Gustaba en ayudarles a colocar los zaques en las aguaderas, llenar las botas y acompañarles hasta el pie de la sierra, a las tierras dedicadas al grano. Sentado en el sombrero contemplaba durante horas, los trabajos de hombres y mujeres, la siega de unos y el agavillar de otras. El espiguelo y el beldar. Por las tardes, tras ayudar a Aristegui, después que el sol había perdido su fuerza, sentado en el atrio de la iglesia, dejaba que mi vista se perdiera en la llegada de los segadores. Escuchaba sus voces, sus risas, sus canciones al finalizar el trabajo.

Días más tarde, ya en plena faena, llegaron los amos. Don Pedro traía botas altas, pantalón de montar, camisa remangada y sombrero de palma. Era de estatura media, rubio y ligeramente calvo. Gustaba en palmear las espaldas de los jornaleros, montar en el trillo y rezar el rosario a la caída de la tarde en compañía de su esposa, del sacerdote,



mis abuelos y demás gente de servicio. Doña Luisa, su esposa, era muy campechana. Sentada en el era, bajo un cobertizo de ramas, tocada con un sombrero de segador, bebía agua azucarada y hacía chalecos y calcetines de punto para los niños recogidos en una institución benéfica de la cual era presidenta. Don Faustino hacía compañía a la señora, llegaba hasta la era con un devocionario entre las manos, caminaba lentamente, saludaba y, a la invitación, tomaba asiento. A veces ayudaba a devanar las piadosas madejas. Fue por culpa de ella por la que tuve la última pelea con el abuelo aunque de manera impersonal trataba de conocer la vida y milagros de toda persona que anduviera a su alrededor.

—¿No eres feliz aquí? —preguntó.

—No, señora —respondí sinceramente.

—¿Y quieres volver a tu casa?

—Sí, señora, quiero estar con mi madre.

—En tu casa las cosas no te serán tan fáciles como aquí, ya me ha contado tu abuelo. ¿Es por lo de tu padre?

—Sí, señora.

—Y bueno. Hemos tratado de que estés contento —intervino mi abuelo suspirando. Yo le veía, en mi voz había un recuerdo de su voz, en mi cara un espejo de la suya, en mi sangre nuestro parentesco cercano, directo.

—Pero es de la piel del diablo, ya le enderezaré yo, que con gente más rebelde me he visto —añadió.

—No dejaré que me castigue, no he hecho nada malo —grité.

Estaba inclinado hacia la silla de la señora. El marqués, al lado, hablaba con don Faustino sobre el nuevo ensanche de Pamplona, sobre la Junta Tradicionalista y los toros corridos hogaño en San Fermín. El abuelo, que con una voz hacía temblar a los segadores, que les engañaba en las cuentas para beneficio del amo y no del suyo, se hallaba azorado como un chiquillo encontrado en falta; farfullaba:

—No le haga caso, señora marquesa. Este es más malo que los cristinos, más falso. Puede mentir más aprisa que corre una liebre. Si no fuera porque está usted, y la debo un respeto, ahora mismo le bajaba los pantalones y le tundía el culo, con perdón, bien y pronto.

—Escribiré a mi madre para que me lleve —repuse.

—Eres malo, muchacho. Será mejor que cuides lo que dices o terminarás como tu padre —intervino el marqués.

—El chico no es malo, travieso sí —la abuela me disculpaba.

—Tú, Clara, a callar. Que don Pedro, como siempre, está puesto en razón y se hará lo que él diga —comentó el abuelo.

En aquel momento dejé de temerle. Era igual, pensaba, que los criados de los señores. Viéndole inclinarse delante de ellos, halagarles, gritar a los del trillo una y otra vez, devanar las madejas al igual que don Faustino, buscar las palabras más finas que conocía, le perdí el respeto. Tomó muy a mal mis palabras, tan a pecho que desde entonces mantuvo, si aún cabía más, una fría distancia. Hasta que se murió, meses más tarde, hablábamos muy raramente, aunque comíamos en la misma mesa y dormíamos bajo el mismo techo en lechos muy

próximos. Aunque él era mi abuelo, padre de mi madre, y yo un chiquillo flaco que suspiraba por volver a su casa de Madrid.

Cuando tiempo más tarde, tras la siega y la trilla, cuando de nuevo habíamos vuelto a quedar los de siempre, llegué de dar clase de la rectoría, comprendí al momento que algo serio sucedía en la casa. El abuelo no estaba sentado a la mesa, y abuela Clara indicó con un gesto que comenzáramos la colación. La cara de ella estaba triste, arrugada como una pasa, sus manos temblorosas. Rezaba e invocaba a Dios pidiéndole, si este era su deseo, que curara a su marido. Fue así como me enteré de la caída del abuelo. Había ido hasta Mués acompañando la carretería y, a la vuelta, la yegua se espantó, derribándole.

A menudo, todos los días, mañana y tarde, subía a la habitación para saludarle y preguntar por su estado de salud. Le pedía, sabía cuánto le gustaba, me hablara de la guerra carlista, de lo que había hecho en ella, de las batallas en las que participara, de lo que había sentido al matar a un hombre. Pero aún no me tenía bienquerencia, jamás respondía.

—Anda, vete de aquí —solía decir.

Aristegui, nos habíamos hecho amigos y todas las tardes iba a su taller, me contó que el abuelo guardaba en una caja no sé cuántas medallas ganadas en combate. Al parecer había ganado alguna en Arratsain, cuando cuarenta hombres, él entre ellos, a pedradas, agotadas las municiones, resistieron el asalto de los liberales. Luego de la retirada de Francia de

los partidarios regresó a casa, donde se puso a las órdenes del marqués, padre del actual, y a cuyas obediencias había servido. Luego, ya bajo los Borbones, durante las elecciones para diputados, anduvo buscando votos para el marqués; protegiendo las urnas escopeta al hombro. En el treinta y seis, con la mocedad carlista de Estella, participó en las primeras acciones contra los gudarís; levantó partidas y pronunció discursos.

—Había que ver a tu abuelo, parecía haberse quitado años de encima.

Entre él y don Faustino levantaron a más de trescientos hombres, iban con la bandera y la cruz de pueblo en pueblo.

Entonces conté al carretero las batallas en las que intervino mi padre. Le hablé de la Ciudad Universitaria, de Usera y Carabanchel, del puente del Jarama, de la medalla que orgulloso llevaba en el pecho. De los bombardeos de la artillería de Garabitas, de los "Junkers" alemanes. Pero más que de otra cosa le hablé de cómo pensaba mi padre, de cómo pensaban otros hombres; de sus trabajos en el taller, de nuestras correrías por Madrid.

—Es un buen hombre tu padre si piensa así como dices — comentó Aristegui, dándome con el codo como era su costumbre cuando hacía una afirmación.

—Lo es —dije—, el mejor de todos. —Y Aristegui sonrió—. Ya le leeré las cartas de mi madre —añadí.

Solía recibir al cartero, solía darle un vaso de vino para que se refrescara, y, cuando llegaba un sobre con la letra de mi

madre, dirigido al abuelo, corría escaleras arriba hasta su habitación. Él entonces levantaba su cabeza de la almohada y, con mucha parsimonia, valiéndose de un cortaplumas, la abría. Se quedaba mirando el pliego durante un buen rato; luego, de mala gana, me la entregaba.

—Lee tú, sin gafas no puedo.

Yo leía en voz alta, en presencia de la abuela, pronunciando despaciosamente, haciendo las pausas debidas. El abuelo no parpadeaba siquiera, no hacía comentarios. Después me despachaba con una voz. Recuerdo que una vez escribió mi padre desde Ocaña. Reconocí su letra, menuda y clara. Era una carta que siempre andaba aguardando. En ella decía que fuera bueno, que siempre se acordaba de mi, y que cuando saliera hablaríamos como hablan los hombres de bien; con toda claridad, contando nuestros problemas. Que podía estar orgulloso de él y caminar con la frente muy alta. Que, dijeran lo que dijeran, no me amilanara, que la razón y el futuro eran nuestros.

Cuando les leí la carta fue la primera vez que oí blasfemar al abuelo, vuelto de espaldas a la ventana, con la mirada fija en los desconchones, siseó:

—Malditos rebeldes, aun en la cárcel levantan el gallo.

A pesar de la opinión del abuelo yo conservaba la carta debajo de la almohada, casi me la sabía de memoria tras habérsela leído a todos los amigos del pueblo. A Pantaleón y Sabino, cabrerizos que me obsequiaban con la primera leche del ordeño. A Lecohega y Sagardaoy, gentes sencillas que gustaban que les hablara de la ciudad, de sus casas altas, del

Metro y del tranvía. A Aristegui, que me dejaba manejar la azuela, montarme en la lanza de los carros, encender la fragua, y con el cual iba todos los domingos, después de misa, a pescar cangrejos en el regato. Le llevaba los reteles y le colocaba el cebo a la carnaza. A don Faustino nunca se la leí.

Sin embargo, soñaba con una carta así: “Vuelve a casa, ya estoy en ella”. Pero nunca, hasta mucho tiempo después, llegaron unas letras que dijeran esto. Abuela, a pesar de sus atareos por la enfermedad, se mostraba cariñosa conmigo. En verdad solía llorar por la incomprensión del abuelo, siempre esperanzada en una reconciliación que no llegaba. Me enviaba a él con los mejores dulces que durante horas preparaba con mucho amor, pero era inútil. Cuando me acercaba a él, deseosos de complacerle, callaba, esperando, preguntándome si iría a echarme algo en cara. Mas simplemente contestaba a mi saludo y hacía gestos como si le molestara. Por ello era un alivio el alejarme de su habitación. Aunque todavía era un niño medía y pesaba cada palabra, cada gesto. Siempre había notado un extraño calor al lado de mis padres, una sensación agradable y dulce que allí no sentía. Abuelo Jaime me había echado de su vida, como si se tratara de un ser ajeno que por alguna razón no tenía hogar. Éramos así, indiferentes el uno para el otro.

Una tarde volví de la parroquia y abuela Clara salió a recibirme en el porche. Su rostro parecía más arrugado que nunca y sus ojos, sin pestañas, tenían un halo rojizo, la huella de su lloro continuo.

—Sube arriba y di adiós al abuelo —dijo.

Me llevó hasta la habitación, estaba con los ojos abiertos mirando a un punto fijo del techo. A su lado, el cura y el médico de Asarta.

—Jaime, aquí tienes a Luis —murmuró.

Volvió la cabeza, la cara afilada y los dientes amarillentos, como buidos. La cara de color del maíz.

—Adiós, abuelo —musité en voz muy baja.

—Adiós, Luis —habló despacio, como si las palabras le salieran desde muy adentro—, ya me voy yendo, ya me llama Dios.

Luego su voz calló. Y abuelita me tomó de la mano y me hizo bajar al primer piso. La casa se encontraba silenciosa, nadie lloraba. Sagardaoy y Lecochea aguardaban fumando. Permanecían sentados, mudos, esperando a que muriera. Aristegui y Pantaleón, a caballo, recorrían los pueblos para avisar a los hombres. Después, ya muy entrada la noche, me enviaron a dormir.

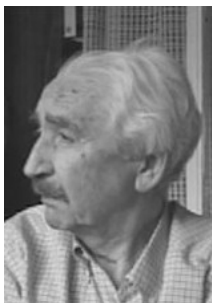
A la mañana siguiente el caserío estaba lleno de gentes de las cuatro villas del valle, de sacerdotes de la comarca. Se apelotonaban en la plaza igual que los domingos cuando la misa y el chistulari.

—Abuelo ha muerto. Don Jaime ha muerto. El ángel de la muerte ha llegado a casa —dijo la abuela.

En seguida golpearon las campanas, las estuve escuchando, badajada tras badajada. Su rumor llenaba el valle. Al rato, venteaban todas; hasta las de las ermitas.

Al tiempo, a las horas, tras los funerales, nada dijeron y nada pregunté. La rutina de la casa siguió igual que siempre, para mí solo hubo clases en la rectoría, rezos en la iglesia y en el zaguán, soledad y un deseo incontenible de volver a casa. Nunca, fue la verdad, pude llorar por el abuelo.





**Armando López Salinas** fue uno de los escritores más relevantes del realismo social español. Pero sus obras fueron sistemáticamente prohibidas por la dictadura franquista.

Fue finalista del Premio Nadal en 1959 con "La mina" y recibió el Premio Antonio Machado en 1962, que concedía la editorial Ruedo Ibérico en París, por la novela "Año tras año", que no fue publicada en España por "atentar contra el régimen y sus instituciones" y por ser "claramente filocomunista", como decía el informe de censura. Como homenaje en el aniversario de su fallecimiento, la editorial Dyskolo rescató la novela en formato digital y bajo una licencia libre.

López Salinas fue también autor de tres libros de viajes: "Caminando por Las Hurdes" (1960), escrito con Antonio Ferres; "Por el río abajo" (1966), con Alfonso Grosso, y "Viaje al país gallego" (1967), con Javier Alfaya.

También publicó el ensayo "Alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura" (1977) y recientemente se publicó su libro "Crónica de un viaje y otros relatos", escrito en 1964, pero que no pudo salir a la luz en su tiempo por ser denegada su publicación por la censura.